



Santiago Ramírez Dulanto, OP (1891-1967)

Tradición, Enciclopedia Universal Ilustrada
Espasa, tomo 63, ps. 371-376.

la negación ó tergiversación de las divinas tradiciones en cuanto tales, hubo que oponer una *doctrina* católica rigurosamente elaborada según los datos de la divina revelación y de la teología.

Esta doctrina abarca los puntos siguientes: I. Concepto y divisiones de la Tradición. — II. Existencia de tradiciones divinas *constitutivas*. — III. Conservación y transmisión infalible de las mismas á través de los siglos. — IV. Órganos y medios de dicha conservación y transmisión. — V. Tradición y progreso en la doctrina católica. — VI. Bibliografía.

I. — CONCEPTO Y DIVISIONES DE LA TRADICIÓN

1. *Naturaleza de la Tradición.* Por *Tradición* en general se entiende la *entrega* ó encomienda de una idea, de un hecho, de un uso, á una persona física ó moral para que la *comunique* ó *retransmita* á sus semejantes y en ellos se perpetúe. Así, hablamos de tradiciones de familia para expresar los dichos de nuestros antepasados, sus costumbres, su modo de vivir, que conservamos con cariño en nuestra memoria y traducimos invariablemente en nuestra vida.

Según esto, la *Tradición divina* es la revelación de una verdad, de un hecho ó de una intuición hecha por Dios á los hombres, para que entre ellos se retransmita, se conserve y se perpetúe: en ese sentido, se extiende tanto como la divina revelación, y puede ser, como ella, oral ó escrita. Por lo cual, escribe san Pablo á los fieles de Tesalónica: «Conservad las tradiciones que aprendisteis de mí, ya de viva voz, ya por mi primera carta» (II Thess., II, 14).

La tradición *escrita* está contenida en la Biblia, y se llama Sagrada Escritura. La *oral* conserva el nombre genérico de *Tradición*, adoptado á significar la *revelación divina no consignada por escrito en los libros canónicos*. De esa suerte distinguimos netamente la Escritura y la Tradición como dos modos ó fuentes distintas de comunicarnos las divinas revelaciones.

Analizando esta idea de Tradición, encontramos en ella tres elementos esenciales: 1.º *activo*, es decir, el acto de comunicarla á los Apóstoles por Cristo ó por el Espíritu Santo; 2.º *pasivo* ú *objetivo*, ésto es, la cosa transmitida ó revelada; 3.º *oral*, ó sea de viva voz.

Todos ellos juntos nos dan la idea *completa* de la Tradición, que puede definirse como sigue: *la divina revelación no consignada en las Sagradas Letras, sino enseñada de viva voz por Cristo ó dictada por el Espíritu Santo á los Apóstoles como fundadores de la Iglesia, para que en ella se conserve y perpetúe.*

Por consiguiente, la Tradición divina propiamente dicha requiere tres condiciones esenciales: 1.ª que sea de algo revelado por Dios; 2.ª que no esté consignado por escrito en la Biblia, aunque lo esté en otro documento no inspirado; 3.ª que proceda de viva voz interior (por inspiración del Espíritu Santo) ó exterior (predicación de Jesucristo ó de los Apóstoles).

2. *Divisiones de la misma.* Podemos distinguir dos clases de división: esencial y accidental, según que se toma como base un elemento intrínseco (esencial) ó bien una circunstancia extrínseca (accidental).

A) *División esencial.* Ahora bien, los elementos esenciales, según queda dicho, son tres: activo ú originario, pasivo ú objetivo y oral ó no consignado en escritura canónica.

Por parte del principio *activo* ú *originario* se distingue la tradición en *divina* ó *dominical*, cuando procede de la enseñanza del mismo Cristo, Señor Nuestro; *divinoapostólica*, cuando nace de la inspiración del Espíritu Santo á los Apóstoles, que la promulgan como fundadores de la Iglesia y pregoneros de la divina revelación, y *meramente apostólica* ó *apostolicoeclesial*, cuando viene de la autoridad propia ú ordinaria de los Apóstoles, como obispos ó jefes de la Iglesia.

TRADICIÓN. *Teol.* La Tradición ha tenido siempre en la Iglesia una importancia capital. Pero mientras que en los tiempos antiguos y medios esa importancia era casi exclusivamente *práctica* ó de *aplicación*, desde que aparecieron el Protestantismo y el Modernismo es principalmente *doctrinal* ó de principios. A

De esa doble potestad de los Apóstoles y, por consiguiente, de la doble tradición apostólica correspondiente, nos habla san Pablo en su Epístola primera á los corintios por estas palabras: «A los que están unidos en matrimonio, *manda el Señor, no yo*, que la mujer no se separe del marido y, si se separa, que no se case con otro, ó que se reconcilie con su marido; el marido, por su parte, no despidas tampoco á su mujer. Pero á los demás *les digo yo, no el Señor*, que si un hombre fiel tiene una mujer infiel y ésta quiere vivir con él, no la despidas; y lo mismo, si una mujer fiel tiene un marido infiel y éste quiere habitar con ella, no lo despidas, porque el hombre infiel está santificado por la mujer fiel, y viceversa, la mujer infiel está santificada por el marido fiel» (I Cor., VII, 10-14).

Por parte del *objeto* ó *cosa recibida por Tradición*, puede ésta considerarse de dos maneras: a) *en sí misma*, y así se distingue la Tradición en *dogmática, moral y disciplinar*, según que lo recibido por Tradición atañe á la fe, á las costumbres ó á la disciplina eclesiástica; b) *en relación con la Escritura*, y entonces distinguimos las tradiciones en meramente *declarativas*, si no hacen más que expresar con mayor claridad lo ya contenido explícitamente en la Biblia; *inherentes*, si su contenido está equivalentemente en la Escritura, y *constitutivas* ó *independientes*, si lo que contienen no se encuentra explícito en ninguna parte de la Escritura canónica, v. gr., la Asunción de la Virgen María á los cielos en cuerpo y alma.

Por parte del *modo con que se conserva y retransmite* en la Iglesia, la Tradición puede ser *escrita, oral y práctica*, según que la han consignado por escrito los Padres de la Iglesia, ó la retransmitieron de viva voz, ó por medio de una institución, costumbre ó uso.

B) *División accidental*. Se toma, por razón de las circunstancias ó accidentes de lugar, tiempo y fuerza normativa.

Por parte del *lugar* puede ser *universal y particular* ó *local*, según que se conserva ó se aplica en toda la Iglesia de Cristo, ó en una de sus partes.

Por razón del *tiempo* ó *duración* las distinguimos en *perpetuas y temporales*, según que duran siempre ó no.

Por parte de su *fuerza normativa* pueden ser *necesarias* ó *obligatorias* y *libres*, es decir, de precepto ó de consejo, según que se imponen á todos los cristianos ó se deja á su *libre elección* el aceptarlas como normas de su conducta. Una división parecida se encuentra en las Epístolas de san Pablo, cuando dice: «Acercas de las vírgenes no tengo un *mandato* del Señor, pero les daré un *consejo*...» (I Cor., VII, 25).

II. — EXISTENCIA DE TRADICIONES DIVINAS CONSTITUTIVAS

Sobre este punto han adoptado posiciones extremas é irreductibles el Protestantismo y el Catolicismo, aunque, á decir verdad, la mentalidad protestante ha sido enfermedad más ó menos crónica y declarada de casi todos los herejes.

1. *Doctrina protestante*. Según el Protestantismo, la única regla de fe es la Biblia, interpretada libremente por cada uno: ella contiene *toda* la revelación, y es de suyo bastante clara para que todos la puedan entender é interpretar por sí mismos. La intervención de la autoridad eclesiástica y de su magisterio jerárquico es contraria á la revelación, inútil y perniciosa. Entre los protestantes es axiomático el decir: *basta la Escritura por sí sola*.

«Creemos, confesamos y enseñamos, dicen los luteranos en su famosa fórmula de concordia, que la única regla y norma, según la cual deben ponderarse y juzgarse todos los dogmas y todos los doctores, son los escritos proféticos y apostólicos del Antiguo y Nuevo Testamento; fuera de esa no hay otra. Los demás es-

critos, tanto de los Padres como de los modernos, sean de quien fuesen, no deben equipararse en manera alguna con las Sagradas Escrituras» (*Formula concordiae*, n. 1).

Por su parte, los protestantes suizos declaraban: «En las cosas tocantes á la fe no reconocemos otro juez que el mismo Dios, el cual nos dice claramente por la Sagrada Escritura qué es lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo» (*Confessio helvetica*, II, 2).

Y la Iglesia anglicana añade que «la Sagrada Escritura contiene todo lo necesario para la salvación, de tal suerte que lo que allí no se lee ó no puede probarse por ella no puede exigirse á nadie que lo crea como un artículo de fe, ni debe reputarse como necesario para la salvación» (*Confessio ecclesiae anglicanae*, art. 6).

2. *Doctrina católica*. El Concilio de Trento define que la verdad revelada en materia de fe y costumbres «está contenida en los libros escritos y, fuera de ellos, en las tradiciones que, bebidas por los Apóstoles de la boca de Cristo ó entregadas por ellos á la Iglesia bajo el dictado del Espíritu Santo, llegaron hasta nosotros». Por lo cual, «siguiendo el ejemplo de los Padres ortodoxos, recibe y venera con igual afecto de piedad y reverencia todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y, además, las tradiciones pertenecientes ora á la fe, ora á las costumbres, como recibidas de la boca de Cristo ó dictadas por el Espíritu Santo y conservadas en la Iglesia católica por una sucesión continua» (Cavallera, *Thesaurus doctrinae catholicae ex documentis magisterii ecclesiastici*, n. 27).

El Concilio Vaticano renovó esa misma definición, añadiendo: «deben creerse con fe divina y católica todas las cosas contenidas en la palabra de Dios, escrita ó dicha, y que han sido propuestas como de fe por el magisterio solemne ú ordinario de la Iglesia» (Cavallera, *ibid.*, n. 26). Lo mismo se repite en la profesión de la fe de Pío IV y en el juramento de Pío X contra el modernismo (*ibid.*, n. 121, 123).

Ya desde muy antiguo había definido la Iglesia en el segundo Concilio de Nicea: «Si alguien rechazase todas las tradiciones de la Iglesia, estén ó no escritas, sea anatematizado» (*ibid.*, n. 28).

3. *En favor de la posición católica existen argumentos incontestables*:

A) Jesucristo no escribió personalmente ningún libro ni carta, sino que *toda* su enseñanza fué viva ú oral. Tampoco mandó á sus Apóstoles que escribiesen, sino que *predicasen*. «Id y *predicad* que el reino de los cielos está cerca» (Mt., X, 7); «*enseñad* á todas las gentes» (Mt., XXVIII, 8); «*predicad* el Evangelio á toda criatura» (Mc., XVI, 15).

Así entendieron los Apóstoles el mandato del Señor, porque *todos predicaron* y su voz llegó á todas partes (*ubique*); pero de los doce sólo escribieron seis, y éstos sin intención de exponer *toda* la doctrina revelada. ¿Diremos, por consiguiente, que la *mitad* de los Apóstoles no lo fueron en realidad y que los restantes dieron escasa importancia al precepto de Cristo? ¿O acaso los protestantes conocieron el pensamiento del Maestro mejor que sus discípulos?

La enseñanza viva es superior á la escrita, pues ésta no es más que un subtítulo de aquélla. Por otra parte, la ley de Cristo, según dice san Pablo, no está escrita en tablas de piedra como la de Moisés, sino en las tablas vivas de los corazones (Hebr., VIII, 10). Por eso, la perfección misma de la ley nueva y la superioridad de Cristo sobre Moisés exige una enseñanza viva, de tradición, más bien que de escritura.

B) Pero hay, además, documentos explícitos de la Escritura en pro de la sentencia católica. San Pablo dice que *la fe entra por el oído, en virtud de la palabra de Cristo transmitida por el predicador* (Rom.,

X, 14-17), y alaba á los Tesalonicenses porque *oyeron sus predicaciones, no como palabras humanas, sino como de verdad lo son, palabras de Dios* (I Th ss., II, 13). Por eso, les manda en la segunda epístola que *permanezcan firmes y que conserven las tradiciones que de él aprendieron ya de viva voz, ya por la primera carta* (II Thess., II, 14).

Á su discípulo Timoteo le recomienda que conserve fielmente las fórmulas doctrinales que de él oyó en la fe y en el amor de Cristo, y que guarde ese buen depósito de doctrina, ayudado por el Espíritu Santo que habita en nosotros (I Tim., I, 13-14). Y añade: «Las cosas que me oíste repetidas veces, comunícalas á hombres fieles, capaces de enseñarlas á los demás» (*ibid.*, II, 2).

Los fieles de Corinto merecieron el aplauso del Apóstol, porque observaban los mandatos según se los había enseñado (I Cor., XI, 2), y, después de hacerles nuevas recomendaciones, termina diciendo: «Cuando llegue ahí dispondré todo lo demás» (*ibid.*, 34).

No menos explícitas son estas palabras de san Juan: «Aun tenía muchas cosas que deciros, pero no lo quiero hacer por carta, pues confío poder veros personalmente y hablaros cara á cara» (II Joan., 12).

Con razón, pues, escribe Melchor Cano estas elocuentes palabras: «¿Qué más? No tenemos más que dos cartas de san Pedro, y ¿liremos que no abrió su boca durante siete años que estuvo en Antioquía, ó que careció de lengua por espacio de veinticinco años que residió en Roma? ¿Ó es que en todo ese tiempo no dijo más que lo escrito en esas dos pequeñas cartas? San Andrés, santo Tomás, san Bartolomé, san Felipe ¿acaso porque no escribieron nada no fundaron en la fe y conservaron en la religión las Iglesias que les fueron confiadas? Concedamos, por consiguiente, ya que es imposible negarlo, que la doctrina de la fe no está toda en la Escritura, sino que gran parte de ella se encuentra en la tradición oral de los Apóstoles» (*De locis theologicis*, lib. III, cap. 3, al final).

C) Los protestantes acostumbran decir que la doctrina católica sobre la tradición es una invención de los Papas y de los teólogos escolásticos, para hacer pasar como doctrina de Cristo lo que no es más que una creación humana.

Nada más arbitrario que semejante afirmación. Aparte las palabras taxativas de la Escritura, que acabamos de referir, abundan los testimonios de los Padres, tan claros y evidentes que no dejan lugar á duda razonable.

San Ignacio de Antioquía no cesaba de oponerse á los herejes, y aconsejaba á los fieles que se adhiciesen fuertemente á las tradiciones de los Apóstoles, las cuales, para mayor seguridad y certeza, procuró consignar por escrito (Eusebio, *Hist. Ecclesiastica*, lib. III, cap. 36; P. G., XX, 228). San Policarpo, discípulo de san Juan, escribe á los Filipenses: «dejando á un lado la vanidad de muchos y las falsas doctrinas, volvamos á lo que nos enseñaron desde el principio» (*Ad Philippenses*, 7). Y en otro lugar dice: «siendo discípulo de los Apóstoles me he hecho doctor de las gentes: lo que ellos me enseñaron retransmito fielmente á todos aquellos que se hacen discípulos de la verdad... De ese modo, se va fundando la fe y se guarda la tradición de los apóstoles» (*Ad Diognetum*, 11). El mismo cuidado tuvieron Papas, Hegesipo y otros» (Eusebio, *Hist. Ecclesiastica*, III, 39; IV, 8).

San Ireneo echa en cara á los herejes que ya no admiten ni las Escrituras ni las tradiciones (*Adversus haereses*, III, 2) y opina que, si los Apóstoles no hubiesen dejado nada escrito deberíamos seguir sus tradiciones como las siguen muchos que creen en Jesucristo y que tienen la gracia de Dios escrita en sus corazones sin letras y sin tinta, porque guardan fielmente las antiguas tradiciones (*ibid.*, III, 3).

Lo mismo enseñan los demás Padres, como Tertuliano (*Praescript.*, 19, P. L., II, 31); Clemente de Alejandría (*Strom.*, I, 1); Orígenes (*In Lucam*, hom. I); san Basilio (*De Spiritu Sancto*, 27), san Crisóstomo (*In II Thess.*, hom. 4), y san Agustín, que llega á decir: «si no se moviese la autoridad de la Iglesia, no creería al Evangelio» (*Contra epist. fundam.*, 5).

Los antiguos Concilios siguieron la misma práctica. En el Concilio de Nicea, además de la Escritura, los Padres emplearon la tradición contra los arrianos; igual hicieron en Efeso contra los nestorianos, y en el de Calcedonia, después de leída la epístola dogmática de san León, exclamaron todos: «esta es la fe de los Padres, esta es la fe de los Apóstoles, todos creemos lo mismo».

D) Por lo dicho hasta aquí se ve que los protestantes están en contradicción con la verdad revelada y con la verdad histórica. Pero, además, están en contradicción consigo mismos.

En efecto, no admitiendo más fuente de la revelación que la Sagrada Escritura, debería encontrarse en ella con toda claridad la doctrina protestante de que basta la Biblia sola, y, sin embargo, no han podido aducir en su favor ni una sola palabra. Admiten, por consiguiente, una doctrina que no está en la Biblia, después de enseñar que no creen más que en la Biblia.

Es más: el canon de la Escritura, aun el admitido por los mismos protestantes, no consta en ella, y sin embargo, lo creen.

Solamente por la tradición sabemos cuáles son y cuántos los Libros Sagrados divinamente inspirados. Luego la misma autoridad de la Biblia depende de la Tradición. He ahí, pues, por qué no se puede rechazar ésta sin menoscabo de aquélla.

La historia comprueba plenamente esta doctrina. La verdad divina no puede ser más que una: un solo canon, una sola Biblia. Pues bien: esa unidad solamente se encuentra en la Iglesia católica, como la reconocen ellos mismos, mientras que en la iglesia protestante van apareciendo tantos cánones é inspiraciones cuantos individuos, si es que muchos de ellos admiten ya la divinidad de Cristo y, por tanto, el origen divino de la Escritura.

Por último, es una utopía el creer que todos pueden por sí mismos leer y entender la Biblia. Aun entre los países protestantes se ven grandes masas de gente que no está capacitada para lo uno ni para lo otro, y, aunque lo estuviesen, muchos no tienen vagar y calma suficientes para dedicarse á la lectura y meditación personales de la Escritura. Hace falta, pues, el magisterio vivo, la tradición.

Para ser lógicos consigo mismos, los protestantes deberían suprimir *por derecho divino* todo su cuerpo de Pastores.

Hasta que se escribieron las primeras páginas del Nuevo Testamento no hubo más que Tradición oral, y, sin embargo, la Iglesia de Cristo estaba perfectamente fundada y se propagaba por todas partes.

Una buena parte de la Escritura Neotestamentaria es debida á la Tradición, de cuyas fuentes bebieron en gran parte los autores sagrados. Baste recordar á san Lucas y á san Marcos. Lejos, pues, de rechazar las divinas tradiciones, debemos aatarlas como verdaderas fuentes de la divina revelación, más abundantes y copiosas que la misma Escritura, y anteriores á ella.

III.—CONSERVACIÓN Y TRANSMISIÓN INFALIBLES DE LA TRADICIÓN

Las falsedades y herejas suelen andar siempre por los extremos: sólo la verdad, como la virtud, tienen la prerrogativa de estar en el justo medio.

Los protestantes querían *secar* una de las fuentes de la divina revelación negando todo valor á las tra-

diciones divinas constitutivas; por el contrario, los modernistas trataron de dar demasiada amplitud al cauce de la tradición, alimentándolo con aguas turbias que no brotaban del manantial puro y cristalino de la revelación de Cristo. La Iglesia católica se opuso enérgicamente al modernismo, como en otro tiempo se opuso al protestantismo, conservándose implacable en el justo medio de la verdad.

1. *Doctrina modernista.* La tradición, según los modernistas, no es más que la comunicación á los demás de una experiencia religiosa primitiva ú original por medio de una fórmula intelectual. Dicha fórmula tiene, además de una virtud representativa, una fuerza de sugestión para excitar y restablecer el sentimiento religioso quizá adormecido en el creyente, y para producirlo ó provocarlo en los que todavía no creen. De este modo, la experiencia religiosa se difunde por los pueblos, no solamente en los actuales por la predicación, sino también en los venideros por medio de los libros ahora escritos ó de la repetición de las predicaciones.

Pero esa experiencia religiosa así comunicada tiene sus alternativas: unas veces echa hondas raíces y tiene vida exuberante; otras, se envejece pronto y muere. Si vive, es señal de que es verdadera, pues lo mismo da decir verdad que vida; pero si muere es falsa. De donde se infiere que todas las religiones actualmente existentes son verdaderas, pues viven por lo mismo que existen.

En la Tradición, pues, no hay nada de divino ni sobrenatural: no hay más que un hecho puro y simple, equiparable á los hechos comunes de la historia. Así, el Cristianismo no es más que un grupo de hombres que por su ingenio, por su actividad y por su industria personal continúan la escuela religiosa incoada por Cristo y por sus Apóstoles, según las exigencias de su experiencia.

Se comprende esta posición modernista, dadas sus teorías agnósticas, immanentistas y evolucionistas. Negado todo valor á la inteligencia especulativa para conocer la verdad objetiva y trascendente, por fuerza tenía que relegarse sobre sí misma y limitarse á la testificación de sus fenómenos y sentimientos subjetivos ó immanentes, que cambian y evolucionan y se transforman á cada instante. Por consiguiente, del primero no queda en los que le siguen más que la razón de impulso inicial, pero con otro valor, dada la diversidad del momento vital en que nos encontramos con respecto á él. En esa variedad y transformación continúa consiste precisamente su vitalidad: querer pasar en movimiento ó volver á las etapas primitivas del mismo es suicidarse, porque es atarse á la rutina y á las fórmulas extrínsecas sin penetrar su espíritu, que es vida y movimiento y renovación (Cfr. Pío X, *Enciclica «Pascendi»*, en Cavallera, *Thesaurus...*, n. 122-123; Lebreton, artículo *Modernisme*, en el *Dictionnaire apol. de la foi cath.*, III, 666-695).

2. *Doctrina católica.* Hállase expuesta brevemente por Pío X en el juramento contra los modernistas. «Retengo firmemente la fe de los Padres y la conservaré hasta el fin de mis días sobre el carisma de la infalibilidad y de la verdad que existe, existió y existirá siempre en la sucesión apostólica del episcopado de modo que no admitamos lo que á cada uno puede parecer mejor ó más apto, según su cultura ó la de sus coetáneos, sino que siempre se crea del mismo modo la verdad absoluta é inmutable predicada desde el principio por los Apóstoles» (Cavallera, loc. cit., n. 123).

Por eso, es axiomático en la Iglesia el decir: *nihil innovetur, nisi quod traditum est*. (Cfr. Cavallera, op. cit., n. 125).

Y á la verdad, esta doctrina se impone necesariamente á toda inteligencia libre de prejuicios agnós-

ticos. La divina Tradición contiene verdades dichas por Dios. Luego tienen que ser tan inmutables en su substancia como el mismo Dios. La verdad no cambia sin dejar de ser verdad: un Dios mudable es un ídolo, no un Dios verdadero. Las tradiciones admitidas por los modernistas no pueden ser divinas y, no siéndolo, tampoco pueden ser cristianas.

3. Para explicar la conservación y transmisión infalibles de esas tradiciones hace falta distinguir cuatro cosas: 1.^a el *agente principal*, que no es otro sino el mismo Espíritu Santo, cuya asistencia y permanencia en la Iglesia hasta el fin de los siglos fué prometida solemnemente por Cristo á sus Apóstoles (Joan., XIV, 16); 2.^a el *agente instrumental*, ó sea el magisterio vivo de la Iglesia, ya solemne, ya ordinario, pues, como dice hermosamente san Juan Crisóstomo, «los Apóstoles no bajaron del monte llevando en sus manos unas tablas de piedra como Moisés, sino que llevaban en sus almas al Espíritu Santo, como un tesoro ó fuente de los dogmas y carismas; y así discurrían por todas partes, hechos ya por la gracia *libros y códigos vivos de las leyes*» (*In Mt.*, hom. I, 1); 3.^a los *monumentos públicos* en los cuales la Iglesia deposita la doctrina revelada, á saber, la Sagrada Liturgia, los Símbolos de la fe, los decretos de los Concilios y de los Papas; 4.^a los *testigos* de la Tradición, esto es, los escritos de los Santos Padres, de los teólogos, las inscripciones antiguas, las pinturas y alegorías. Siendo infalible la Iglesia, en especial la docente, en su magisterio universal ordinario ó solemne, es claro que este magisterio vivo goza del carisma de la infalibilidad para discernir las verdaderas tradiciones de las que no lo son, para conservar intactas las ya existentes y para transmitir las inmutables en su esencia de generación en generación hasta la consumación de los siglos. Los monumentos públicos y los testigos de la Tradición no tienen más que la razón de medios transmisores, acomodados á nuestra naturaleza, de la verdad divina conservada en el magisterio vivo de la Iglesia. No son, por tanto, órganos auténticos é infalibles más que en unión viva con dicho magisterio. Así como la verdad no está *formalmente* en la escritura ú otros signos gráficos, sino en la inteligencia que juzga de igual modo la verdad revelada tomada *objetivamente*, no está *formalmente* en los códigos de la Biblia ó de los Padres y demás autores eclesiásticos, sino en la inteligencia y en el corazón de la Iglesia docente; todo lo demás, fuera del magisterio vivo directamente fundado por Cristo, es subsidiario, no principal.

IV. — MODO DE DISCERNIR LAS TRADICIONES DIVINAS DE LAS QUE NO LO SON

En la doctrina de la Iglesia hay varias clases de tradiciones; unas que proceden del mismo Cristo; otras que promulgaron los Apóstoles por inspiración del Espíritu Santo y en nombre de Cristo; otras que ellos enseñaron en nombre propio como obispos y jefes de la Iglesia; otros, por fin, meramente eclesiásticas, es decir, posteriores á los Apóstoles y debidas á los Padres ó á los Romanos Pontífices. Salta á la vista la necesidad de distinguir unas de otras, para no confundir lo humano con lo divino.

Por lo dicho hasta aquí fácilmente se comprende que la regla suprema é infalible de este discernimiento está en el magisterio vivo de la Iglesia; pues mal pudiera conservarse y transmitirse infaliblemente si no las supiese infaliblemente discernir.

La razón es clara; porque toda facultad ó hábito es esencialmente discreto de su propio objeto, al menos prácticamente ó *in actu exercito*, como dicen los escolásticos. Siendo, pues, las verdades reveladas el objeto propio de ese magisterio, la naturaleza de las cosas exige que á él se atribuya esa facultad discreta.

Sin embargo, concretando más (pues el magisterio de la Iglesia toma pocas veces determinaciones solennes) Melchor Cano estableció las cuatro reglas ó criterios siguientes, que han llegado á ser clásicas:

1.^a Si una cosa es creída ó observada por la Iglesia Universal, y no ha sido instituída en los Concilios ó por los Papas, sino que siempre se conservó en ella, evidentemente procede de Tradición apostólica; por ejemplo, el ayuno cuaresmal, el bautismo de los niños, el culto de las imágenes, el uso de lámparas ó de luces en los templos, etc. (*De locis theologicis*, III, 4).

2.^a Si los Santos Padres tuvieron por unanimidad, desde el principio y en la sucesión de los tiempos, alguna doctrina como dogma de fe y su contraria como herejía, y, sin embargo, no consta por la Sagrada Escritura que sea revelada por Dios, es claro que nace de la tradición divina; v. gr., la perpetua virginidad de María; su ascensión en cuerpo y alma á los cielos; que los evangelios no son más que cuatro; que los sacramentos de la Iglesia son siete, y otros dogmas (*ibid.*).

3.^a Si el común sentir del pueblo cristiano profesa una doctrina ó un hecho que no pudo ser creación ó institución humana, necesariamente se debe á la Tradición divina; por ejemplo, la disolución del matrimonio roto por la profesión religiosa solemne (*loc. cit.*).

4.^a Si el común sentir de los teólogos dice que un dogma ó una costumbre procede de tradición divina, podemos estar ciertos de que así lo es en efecto; v. gr., el mezclar un poco de agua en el vino que ha de consagrarse; los sufragios por los difuntos; la redacción *primitiva* del Símbolo llamado de los Apóstoles; el uso del agua bendita, etc.

San Vicente de Lerins condensa toda esta doctrina en estas célebres palabras: «Debe tenerse sumo cuidado en creer y profesar lo que ha sido creído y profesado en todas partes, en todos los tiempos y por todos los fieles; porque lo verdadero y propiamente católico, según lo indica su mismo nombre, es aquello que lo abraza todo, lo cual lograremos obtener si procuramos seguir sin desmayar la totalidad, la antigüedad, el consentimiento universal de los fieles» (*Commonitorium*, cap. II).

Es claro que todo aquello á lo cual se puede asignar un origen posterior ó humano, pertenece á la Tradición eclesiástica, por ejemplo, la tonsura de los clérigos, su traje talar, etc.

V. — TRADICIÓN Y PROGRESO EN LA DOCTRINA CATÓLICA

La inmutabilidad de la Tradición no quiere decir que la doctrina católica esté muerta ó petrificada, como piensan no pocos modernistas; antes al contrario, siendo vida, admite progreso y es susceptible de evolución, no transformista, sino homogénea con el dato revelado por Dios.

Günther, Sabatier, Harnack y los modernistas admiten una evolución transformista, según la cual, á medida que cambia la mentalidad ó la conciencia cristiana, va cambiando también el sentido de la fe, dando lugar á nuevos dogmas ó á un sentido completamente distinto de los dogmas ya existentes.

Según ellos, Jesucristo no enseñó en concreto ningún dogma determinado, sino que se contentó con indicar el camino para prepararse al reino mesiánico, que estaba inminente. Mas los cristianos, viendo que ese reino no acababa de llegar, transformaron las ideas de Cristo de modo que sirviesen para fundar otro reino espiritual, es decir, la Iglesia: en este sentido puede decirse que Cristo fué su autor, en cuanto que inició un movimiento religioso que espontáneamente se transformó en la Iglesia. Los dogmas no son otra cosa que fórmulas aprobadas por la autoridad eclesiástica, en las cuales la conciencia cristiana expresa sus experiencias religiosas y da ocasión á que otros tengan experiencias semejantes. Pero como las mentalidades humanas se mudan inces-

santemente, múdanse también con ellas las experiencias religiosas y, una vez que éstas cambian, deben cambiarse á su vez las fórmulas, y así mueren los dogmas antiguos y comienzan á vivir otros nuevos, lo mismo que las plantas, las cuales, al morir una, da lugar á otra. Por consiguiente, en los dogmas no hay firmeza é inmutabilidad alguna; su único punto de contacto es que partieron de un simple movimiento inicial por una serie ininterrumpida de evoluciones ó transformaciones (Cfr. Pío X, *Encíclica «Pascendi»*, en Cavallera, op. cit., n. 216-222; y Bessmer, *Philosophie und Theologie des Modernismus*, Friburgo de Brisgovia, 1912).

Pío IX y el Concilio Vaticano habían condenado ya solemnemente esa afirmación modernista, admitiendo sólo una evolución dentro del mismo dogma y en idéntico sentido. El Concilio hace suyas estas hermosas palabras de san Vicente de Lerins: «Crezca y progrese mucho la inteligencia, la ciencia, la sabiduría de todos y de cada uno, de toda la Iglesia y de los particulares en todos los tiempos, pero dentro de su mismo género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y en la misma fórmula» (Cavallera, loc. cit., n. 210).

Por ser este asunto de gran actualidad, conviene insistir un poco más en su exposición.

Cuatro cosas podemos considerar en el desarrollo ó evolución de la doctrina católica: 1.^a el punto de partida; 2.^a el término adonde llega; 3.^a las etapas que recorre; 4.^a sus factores ó causas.

1.^a El punto de partida es el dato revelado, es decir, la doctrina revelada tal como los Apóstoles nos la enseñaron por escrito ó por tradición. La revelación cristiana pública ó oficial quedó cerrada y completa en los Apóstoles. Esa revelación se llama en Teología *explicita*, formal ó inmediata, á diferencia de la contenida en ella como efecto ó conclusión en su causa ó principio y que, por eso, se llama *implicita*, virtual ó inmediata.

2.^a El término adonde llega es una mayor explicación ó penetración nuestra de ese dato revelado, pero siempre dentro del mismo sentido esencial; esto es, debe ser homogéneo con el punto de partida, como incluido en él virtualmente, por lo menos.

Antes de la muerte de los Apóstoles, cuando la revelación divina no estaba aún terminada, pudieron darse dogmas completamente nuevos, pues la Escritura y la Tradición son dos fuentes constitutivas de la revelación; pero después de su muerte no cabe sino un desarrollo en el mismo sentido esencial, aunque más explícito y claro por parte nuestra. Así, por ejemplo, el dogma de la transubstanciación, contenido virtualmente en el dogma de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, se hizo más explícito gracias á las especulaciones de los teólogos; lo mismo puede decirse del dogma de la Inmaculada Concepción de María, contenido ya implícitamente en el de la divina maternidad. El término, pues, de la evolución dogmática es el mismo dogma de que se partió, con su mismo sentido esencial, aunque más claro y explícito para nosotros, ya que conocemos mejor su contenido implícito.

3.^a Las etapas que recorre esa evolución suelen ser muy variadas, según los casos, pero se pueden reducir á las siguientes: si se trata de verdades explícitamente reveladas, por ejemplo, la Trinidad ó la Encarnación del Verbo, primero se creen y se expresan en forma sencilla y popular, después se defienden contra las interpretaciones torcidas de los herejes y se formulan en términos más precisos y científicos, pero conservando siempre el sentido primitivo. Mas cuando son verdades que están implícitas en otras reveladas, la elaboración definitiva es más costosa; generalmente su creencia se funda en otro principio más universal y explícito, v. gr., la Inmaculada Concepción en la maternidad divina; pero después vienen las luchas ó oposiciones sobre esa conclusión implícita, hasta que se la

reduce explícita y claramente á su principio, y entonces la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, la define como dogma de fe. En la historia particular de cada dogma hallaremos los comprobantes necesarios de estas etapas fundamentales.

4.^a Las causas ó factores de esa evolución son: la asistencia del Espíritu Santo, como causa primera y principal; la autoridad infalible de la Iglesia docente, como causa segunda y próxima; el instinto ó devoción de los santos y el discurso de los teólogos iluminados y dirigidos por la fe, como causas instrumentales ó dispositivas, y las herejías ó errores de los incrédulos, como causas ocasionales.

Recientemente han discutido los teólogos sobre si ese progreso ó evolución del dogma, que testifica la historia, es sólo de fórmulas y no de conceptos, ó lo es también de conceptos. El padre Schultes, O. P., con otros muchos, sostiene lo primero, pues no comprende cómo puede haber evolución de conceptos sin haber evolución de ideas ó de sentido de la revelación, lo cual traerla consigo la tesis modernista. Otros, entre ellos el padre Marín-Sola, O. P., abogan por lo segundo, pero con las restricciones ó explicaciones siguientes: a) que esos conceptos sean subalternos ó subsidiarios á los conceptos formalmente revelados; b) que estén incluidos virtualmente en éstos de una manera inclusiva ó metafísica, y no solamente física ó conexiva; c) que intervenga la autoridad de la Iglesia definiéndolos ó declarándolos como dogmas de fe, pues la labor de la inteligencia ó del corazón humano es falible y no puede por sí sola hacer que lo médiateamente revelado para nosotros como una conclusión teológica pase á ser infaliblemente dogma de fe ó revelado inmediato respecto de nosotros. Sea lo que fuere de estas opiniones (pues ambas explican suficientemente los hechos que ofrece la historia de los dogmas), no puede negarse que la segunda es más obvia, aunque la primera es, quizá, más segura.

1908); Tyrrell, *Throug Scylla and Charybdis* (Londres, 1907); *Medioevalisme* (1908); *Dictionnaire Apologétique de la foi catholique*, rt. *Modernisme* (t. III, col. 591-695, París, 1916); Billot, S. J., *De immutabilitate Traditionis adversus novum haeresiam evolutionismi*, Roma, 1910); Schultes, O. P., *Praelectiones apologeticae de Ecclesia Christi* (París, 1925).

VI. — BIBLIOGRAFÍA

Melchor Cano, O. P., *De locis theologicis* (lib. III, Salamanca, 1563); Stapleton, *Principiorum fidei doctrinalium demonstratio methodica* (París, 1579); Sylvius, *Controversiarum* (lib. II, Venecia, 1720); Natal Alejandro, O. P., *Hist. Ecclesiastic.* (Laec. II, dissert. 26, Venecia, 1776); Belarmino, S. J., *De Verbo Dei* (Contr., lib. IV, París, 1870); Franzelin, *De Traditione et Scriptura* (Roma, 1875); Berthier, O. P., *De locis theologicis* (lib. I, Turín, 1888); Murray, *De Ecclesia* (disp. 12, t. II, Dublín, 1860-66); Schaelzer, *Introductio in Sacram Theologiam* (Ratisbona, 1882); Schrader, S. J., *De theol. testium forte* (París, 1878); Vacant, *Études théologiques sur le Concile du Vatican* (París, 1895); Mazella, S. J., *De Religione et Ecclesia* (disp. II, art. 5-8, Prato, 1905); Tanqueray, S. S., *Synopsis theol. fundam.* (París, 1911); de Groot, O. P., *Summa Apologetica de Ecclesia catholica ad mentem S. Thomae Aquinatis* (q. XIX, Ratisbona, 1906); Salvatore di Bartolo, *Nuova Exposizione dei criteri teologici* (Roma, 1904); Banivel, S. J., *De magisterio vivo et traditione* (París, 1905); Van Noort, *De fontibus revelationis* (Amsterdam, 1910); Perch, S. J., *Praelectiones dogmaticae* (t. I, p. III, Sect. 1, Friburgo de Brisgovia, 1915); Brunhes, *L'idée de Tradition dans les trois premiers siècles*, en *Revue Pratique d'Apologétique* (París, 1906); C. D. Zubizarreta, *Theologia fundamentalis* (Burgos, 1910); Dorsch, S. J., *Institutiones theologiae fundamentalis* (t. II, Innsbruck, 1916); Gardeil, O. P., *Le donné revelé et la théologie* (París, 1912); Müller, S. J., *De Verbo Dei revelato* (Innsbruck 1923); Schultes, O. P., *Introductio in Historiam Dogmatum* (París, 1922); Marín-Sola, O. P., *La evolución homogénea del dogma católico* (Madrid, 1923); L. de Grandmaison, S. J., *Le développement du dogme chrétien*, en *Revue Pratique d'Apologétique* (p. 401-436,